

EN DEFENSA DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA

A.P.C.E.
SIG.: 2.2 /2224

Un discurso de
Indalecio Prieto
y Angel Ossorio en
el Estadio Nacional



PUBLICACIONES DEL COMITE CHILENO
DE A TUDA A ESPAÑA LEAL

DOS DISCURSOS EN EL ESTADIO NACIONAL

el 28 Diciembre de 1938

**Indalecio Prieto
y Angel Ossorio
y Gallardo**

seguidos de un breve dis-
curso de Luis Galdames

PUBLICACIONES DEL COMITÉ CHILENO
DE AYUDA A ESPAÑA LEAL



EL DISCURSO DE INDALECIO PRIETO

EL SEÑOR PRIETO. — Para corresponder a este magnífico, soberbio, conmovedor homenaje que el pueblo de Chile, representado por tan inmensa multitud, tributa a la España leal, se encuentra más que una sola manera.

Son ociosas las palabras de gratitud; son sencillas porque, por fervorosísimos que fuesen, no llegarían a expresar justamente la emoción que domina nuestras almas al contemplar el entusiasmo con que aquí habéis venido a hacer votos de solidaridad y de comunidad con lo que nosotros, los emissarios de España, representamos.

Queden dichas esas palabras de gratitud, dejándolas envueltas en un marco de estricta sobriedad. Los sentimientos profundos jamás necesitarán de palabras largas; siempre han sido expresión de los sentimentos honestos, las palabras cortas. Mi gratitud por vuestro homenaje queda consignada en las frases sencillas que acabo de pronunciar. Mas, la forma soberana de corresponder a vuestra hospitalidad la encuentro solamente en contarte la verdad de

lo que ha ocurrido y ocurre en España (APLAUSOS). La verdad, sólo la verdad, toda la verdad; y nada más que la verdad.

EL ADVENIMIENTO DE LA REPÚBLICA

Breve y sintética historia se quiso hacer, dejándola en lo posible desprovista de patetismo, de cuando sucedió en España durante estos últimos años, y qué culmina desde hace más de dos en una lucha sangrienta, triste, dolorosísima, cuyo epílogo será fermosamente, cualquiera que sea el resultado de la contienda, la ruina de España: ruina no devolverá para quienes tienen la conciencia tranquila por no haber suscitado tragedia tan terrible; pero que pesará sobre la conciencia de quienes la han provocado, aunque llegara a acompañarla el éxito de las armas, en el cual no crece, con padecimientos espantosa por haber ensangrentado el suelo de la patria, causando la ruina de todos

los hijos y se puso a España en peligro, a virtud de los cuales corre evidente riesgo la independencia nacional (APLAUSOS).

El pueblo español, sin distinción de clases sociales, asqueado de la deslealtad de su monarca, abrazado ante las perspectivas de la sucesión dinástica, que podía recaer en seres degradados por la mala fe, el pueblo español, todo él, por acuerdo tácito, queriendo castigar la deslealtad del monarca, que culminó en el planteamiento de la Constitución, al facilitar la dictadura implantada en 1923, dictadura que duró diez años ominosos, utilizó el primer precedimiento que le fué ofrecido para exteriorizar su voluntad y en unas elecciones municipales, las celebradas el 12 de abril de 1931, finalmente, por medio de la papeleta electoral, manifestó sus votos casi unánimes en favor de la República, y sin la menor violencia—caso ejemplar en la historia de todos los pueblos—, por la manifestación ciudadana más pacífica que pueden registrar los historiadores, la monarquía española, carcomida por mil vicios, quedó derrotada.

El rey, viendo la repulsa de la nación entera, marchó hacia Cartagena y en un barco de guerra, bajo el amparo de quienes de hecho y de derecho constituyan ya el poder político de España, marchó el extranjero. En el palacio real de Madrid quedaron una reina destrozada, y los hijos de aquella reina, abandonados por la aristocracia que, hasta entonces, había constituido ese corte de Espejo y de adulación que se forma siempre en torno de casi todos los poderes, incluso los de origen democrático. Pero hubo quienes protegieron hidalgamente a los abandonados y fué el propio pueblo que, acordándose el palacio con militares, como las que han desfilado ahora por la pista de este Estado, redoraron el viejo Alcázar, continuaron a los exiliados y guardaron a las personas de la familia real hasta que el Gobierno naciente organizaba su condición de seguridad su viaje hasta la frontera francesa.

Me detengo en el examen de estos hechos porque como, al hablar ante vosotros, me dirijo a la conciencia del mundo entero, entiendo el principal de mis deberes desatrizar esa burda y miserable leyenda de crueldad que la propugnada facción, buscando eco en todos los órganos periodísticos reaccionarios, ha querido echar sobre los republicanos españoles. Ya venímos, en el curso de esta crónica mía, de parte de quién ha estado la crudidad y veremos también, porque tengo la esperanza de demostrarlo, si quiná en nuestra generosidad hubo excepción que nos condujeron a errores políticos.

Yo al pronunciar esas palabras — conste la declaración — luego de narrar el episodio de la salvación de la familia real española, no temo veces, que, incluso tarde, serían reprobables y, que desde luego, repugnas a mi conciencia, en pro de que aquella familia, cuyo jefe era responsable de tantas malaverías en la patria española, fuese exterminada. No. Apropto y abalo la conducta del pueblo madrileño protegiendo a la esposa y a los hijos del rey fugitivo (APPLAUSOS).

La República se instauró sin causar a nadie daños ni magullamientos, sin un cristal roto en todo ese Madrid, ahora medio destruido por los bombardeos de la aviación fascista, servida por soldados de los ejércitos italiano y alemán. Y el Gobierno Provisional, del cual tuve el ha-

cer de participar con otros representantes del Partido Socialista, comenzó sus tareas.

Pocas semanas después de proclamada la República, la tarde del 10 de Mayo de 1931, algunos adoradores monárquicos, a quienes, por cierto, no se había visto en el palacio real ni en sus alrededores para defender a la familia del rey, se creyeron en el caso, ante el espíritu pacífico de las multitudes republicanas, de producir un tumulto en el corazón de Madrid, en plena calle de Alcalá, haciendo oír los sonidos del himno real y proclamando en vitores a la monarquía derrocada. El pueblo reaccionó contra la afrenta y, cuando, momentos después, grupos de ciudadanos que habían reaccionado contra esa ofensa, pasaban ante el edificio del diario "A. D. C.", el portavoz más poderoso de la reacción, individuos de la fuerza pública que guardaban ese edificio, como los de otros muchos elementos reaccionarios, hicieron fuego sobre la multitud y causaron víctimas. Exasperados más, y con motivo, la muchedumbre, y se produjeron en Madrid, con repercusión en otras poblaciones españolas, los incendios de algunas iglesias y conventos. Si entonces como gobernante, si hoy como relator y crítico de tales sucesos, aplaudo, al justifico siquiera, aquellas violencias. El orden fue pronto restablecido. Las Cortes Constituyentes convocadas con prontitud se apresuraron a reunirse para dictar a la República la Constitución y las leyes complementarias que formaron la nueva estructura jurídica del país.

No ocurrió más; absolutamente nada más. Había ocurrido, sí, algo muy singular y es que quienes representábamos una posición extrema, por el partido en que militábamos, los socialistas, guiados por magnífico espíritu de colaboración, ibamos sacrificando nuestros postulados en aras de la consolidación del régimen republicano, procurando que el fervor de nuestros ideales no causara perturbaciones al régimen que estaba naciendo y que necesitaba de los ciudadanos más solícitos.

LA SUBLEVACION MILITAR DE 1932 Y LA REPRESION DE 1934

El 18 de agosto de 1932, militares con quienes había procedido generosamente la República, se sublevaron contra ella. ¿Cuál fue esa generosidad de la República? Pues no violentar la conciencia de ningún militar y decir a todos ellos mediante decreto aparecido en la Gaceta, que quienes, por tales u otros escrúpulos, no estuvieran bien dispuestos a servir con lealtad y entusiasmo al nuevo régimen podían retirarse en condiciones de ser expoliados: la República les garantizaba vitaliciamente la totalidad de sus sueldos, los enajenamientos de sus condecoraciones, los suplementos de sus años de servicio y las conservaba, además, el privilegio del carné militar a virtud de cuya uso podían trasladarse gratuitamente por todas las líneas férreas de España. A nadie se violentó; se dijo a los militares: "Si vosotros todavía todavía apoyáis al régimen monárquico, la República no castiga esas convicciones perdiéndose violentemente de vuestra destino y condonándoos al hambre o a dolorosa pergeñación para constituir una nueva vida. Marchaos a vuestros hogares, disfrutad de vuestros sueldos y no acordad al régimen" (APPLAUSOS).

Yo regaría que esta exposición que voy a hacer con absoluto rigor histórico, no la interrumpieran los aplausos de vuestro entusiasmo.

Sumbaban siete mil los jefes y oficiales que se retiraron del ejército español con los beneficios enumerados. Pues bien, gran parte de quienes tan generosamente habían sido tratados por la República fueron, en unión de grupos de aristócratas y con engaño de los soldados de algunas unidades, los que se sublevaron el 10 de Agosto de 1932. Encabezaba aquella insurrección el General Sanjurjo, el mismo que en 1936 estaba designado para capitanezar la insurrección que ahora ensangrienta España. Vencieron el Gobierno y el pueblo, rápidísimamente aquella rebelión y cayó prisionero, en su fuga hacia tierras portuguesas, el General Sanjurjo. El Tribunal Supremo lo juzgó y condenó a muerte, y el Gobierno de la República, considerado por estos mismos elementos sobre los cuales se ha tejido la leyenda de la残酷, salvó de la muerte al General Sanjurjo, indultándolo. Yo fui uno de los que otorgaron aquel indulto. Al presente, viendo cómo a la generosidad del Gobierno se respondió con otra sublevación, yo, que ante vosotros hago ahora mi confesión, os digo que me asalta la duda de si entonces, movidos por afanes generosos, cumplimos nuestro deber, o fuimos culpables, por aquella generosidad, del actual derramamiento de sangre. No se formó el cuadro, ni tuvo que disparar el piñete de ejecución contra Sanjurjo, cabenza visible de aquella rebelión, ni contra ninguno de los que con él se sublevaron. Fueron indultados, y estando presos, tratados con toda consideración.

Pero las izquierdas en España, las izquierdas que habían establecido la República, y que gobernaban con magnífica ponderación, hubieron de desunirse ante una contienda electoral que fué provocada, no sé si malignamente o por error, mediante la decisión lamentable de disolver las Cortes Constituyentes, cuando estructuraban de manera noble y eficaz el nuevo edificio jurídico de la República Española. Y con la desunión (vuelvo a algo que dije anteanoche durante el primer acto en que en Santiago de Chile usé de la palabra) vino nuestra derrota y vino seguidamente merced a ciertas complicidades el apoderamiento del Gobierno por enemigos declarados de la República y, entonces, desde el Poder y muy singularmente desde el Ministerio de la Guerra donde se encendió la jefatura del Estado Mayor Central al Jefe actual de los facciosos, General Franco, se empezó a laborar contra el pueblo a través de hábiles combinaciones de destinos y mandos, que aseguraseen, en momento dado, el éxito de una rebelión que, por la presión del mando, pudiera hacer salir a la calle a enfrentarse con el pueblo a los mismos hijos de éste, que en cumplimiento de un servicio ordenado por la Ley figuraban en las filas militares.

Duró dos años este trabajo de zapata para minar los elementos, que iban solidificándose, de la República Española. Contro semejante mañostra descarnada llegó a alzarse el pueblo en Octubre de 1934. Una represión sangrienta, quizá sin ejemplo en la historia, sofocó aquel movimiento. ¡Ah! Pero todas las represiones que se salen del marco de la Ley y que están caracterizadas por el odio y la saña dan siempre frutos contrario a aquellos que los gobernantes pretenden. Quisieron temprano vosotros algún ejem-

pio reciente, pero yo no puedo hablar de esto; basta de España.

Entonces, en la España, entre cuyos títulos de gloria suele ser preferido para las derechas, el de su castidad, en la España de Isabel la Católica, en la España que empleó siete siglos en conquistar, desde Covadonga a Granada, a las legiones de moros que la invadieron, los cabeces españoles llamaron en su auxilio a los moros, que sacaron odios ancestrales asesinando a hombres, mujeres y niños. La reacción, cuando le empalma los ojos la ira, no repara en procedimientos, y apeló al muy paradójico de que los moros pudieran impunemente asesinar cristianos en España. Igual que ahora, exactamente como ahora, porque ahora también, es la vanguardia de las columnas facciosas, las tropas de choque están formadas por moros. Nuestras plácidas damas católicas se complacían colocando sobre las chibas rifles medallas de la Virgen del Pilar y escapularios de Santiago Apóstol, y los musulmanes, así decorados, se mudan de los emblemas católicos y se complices, vengando a su raza, en el asesinato de cristianos al amparo de la extraña y sangrienta patente que han dado a tales salvajes los que se llaman cristianos católicos.

EL TRIUNFO DEL FREnte POPULAR EN 1936 Y LOS PREPARATIVOS PARA LA SUBVERSIÓN

La represión de 1934, tuvo como consecuencia, que en cuanto el pueblo pudo manifestarse de nuevo por medio del sufragio, alcanzaran nuevamente las izquierdas, otra vez unidas, un gran triunfo electoral, parejo al que derrocó la monarquía, y así en Febrero de 1936, las derechas fueron barridas del poder por la voluntad del pueblo, expresada legal y serenamente en las urnas.

Pero no en vano habían permanecido en el poder dos años las derechas, aprovechando la desunión de las Izquierdas. Estaba ya tendida la red astera; estaban ya tomados los puntos que podían servir para dominar al pueblo mediante una acción militar. Quizá quienes gobernaban en la primavera de 1936 pecaron de exceso de credulidad suspendiendo a todos los militares españoles capaces de estar sometidos a la más elemental lealtad que es la del respeto a las instituciones que erige el pueblo mismo. Se ha tratado de justificar en ciertos acontecimientos episódicos de la vida española, ocurridos durante esa primavera, la subversión que iniciada en Marruecos el 17 de Julio, se extendió a la mayor parte de las guarniciones españolas el 19 de Julio de 1936. Pero yo, que vengo a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, sacrificando a la exactitud y pujilidad del relato recursos oratorios fáciles ante una multitud tan enfervorizada como la que formaban vosotros, os diré, por si mi palabra no ofrece garantía, que hay ya testimonios escritos de carácter irrecusable a virtud de los cuales está probado el largo y minucioso proceso de la subversión militar, iniciada cuando las derechas usufruían del poder, pues ya entonces preparaban la subversión ante el riesgo, para ellas evidente, de que la voluntad del pueblo las derrocara.

Hay dos libros recientemente publicados: uno es la biografía del General Mola, a cargo de su propio secretario particular señor Iribarren,

y atrío la biografía del General Franco, de la cual es autor un publicista de derechas de cierta nombradía, el señor Arráez. Chabacanamente escrita la primera, correctamente redactada la segunda, ambas tienen idéntico valor histórico, porque esclarecen conjuntamente el proceso de los preparativos de la sublevación militar. Y esos preparativos se iniciaron desde el punto y hora en que el General Francisco Franco ocupó la jefatura del Estado Mayor Central del Ejército Español, y, en uno y otro libro, cuya extracción no haré, porque no cabe en los límites de una oración como la que debió pronunciar hoy, están relatados sucesos y señaladas fechas que prueban toda la longitud del proceso de esa preparación. Es más, en la biografía del General Mola, cuyo autor peca de indiscreto, aparece la afirmación, hecha por el General, antes de desatar el movimiento, de que éste debía de ser violentísimo, es decir, que había de ser —tal carácter se le imprimió— un movimiento de exterminio.

Sin jactarse de ello os diré que no tengo convicciones religiosas, soy ateo; pero a aquejados que creen en la Providencia y la atribuyen designios por los cuales muchas veces no aguarda a la eternidad para castigar los delitos que los hombres cometan durante la vida, a esos que, creyendo en la Providencia, rinden culto a su justicia, les quiero recordar algunos hechos, que no pueden tener valor alguno en las conciencias creyentes.

El General Sanjurjo, director de la sublevación de 1923 y designado como caudillo de la de 1936, al elevarse en el avión que, desde Portugal, había de conducirlo a tierras de España cuando la sublevación comenzaba, pereció aplastado y carbonizado. El hijo de Sanjurjo, ayudante de órdenes suyo, cuando iba en automóvil en dirección a su destino peligroso, se mató al volcar el coche. El General Mola, a quien correspondió casi toda la dirección de los preparativos del movimiento, quedó despedazado así como todos sus acompañantes cerca de Burgos en otro accidente de aviación. El aviador Ramón Franco, a quien hizo famoso su viaje de España a América y que en 1936 se despidió de su puesto de agregado militar en los Estados Unidos diciendo que marchaba con el fin de destruir desde el aire a Barcelona, sucumbió también en condiciones parecidas. He ahí cuatro elementos directivos de la subversión castigados implacablemente por el destino. Si las víctimas de esos accidentes hubiesen sido de nuestras filas, todos los creyentes del mundo católico no dirían que era la Providencia quien les había castigado? Pues entonces que aquéllos el mismo castigo resistieron a la muerte de cuatro de los elementos directivos de la sublevación contra la República (APLAUSOS).

Estalló la sublevación con un error de cálculo formidable por parte de los elementos militares que la proyectaron. Abrigaban la ilusión de un inmediato dominio de las masas populares, pero se encontraron con un pueblo que les hizo frente y que sigue resistiendo con tan extraordinaria bravura que quedará como ejemplo en la historia.

No diré el alma al tener que hablar de ciertas cosas en esta tribuna, pero al dolor lo amortigué sabiendo que esos hombres de mi raza, que hablaba mi idioma y que aquí estoy en un pedazo de España, mi patria (APLAUSOS).

LA CRUELDAD DE LOS FACCIOSOS Y SUS REPERCUSIONES EN LA ZONA LEAL

En justicia, en estricta justicia, ineludiblemente hablare de la crueldad en la guerra española, y con riguroso acatamiento a la verdad, tengo que imponer la iniciativa de esa crueldad a los elementos rebeldes y no de atribuirles a ellos la inmensa mayoría de los casos de crudeldad. No tendrás resultado alguno práctico esta comparecencia más ante las multitudes chilenas si yo, aunque delléndome, no digo la verdad completa como he prometido al comenzar mis palabras.

Es cierto, vaya por delante esta confesión, que en nuestro campo y por nuestra gente se han cometido crímenes. Me duele decirlo; pero no es menor mi dolor —yo aquí me emplazo, más que como banderizo, como español—, no es menor el dolor cuando haya de hablar de los crímenes mucho más atroces e infinitos en número cometidos por los elementos faccionarios. Espero demostrar, dejando que mi palabra siga corrientes de sinceridad, que de los hechos punibles cometidos en la zona leal no es responsable el Gobierno, porque nunca los decretó, nunca los autorizó y nunca incitó a cometerlos y, frente a esta afirmación, que procuraré seguidamente dejar probada con holgura, está la de que los crímenes cometidos en la zona faccionaria, muy superiores en número a los realizados en la zona leal, han sido dispuestos por las autoridades, inducidos por las autoridades, consentidos por las autoridades y no sé —quiero creer que no— si bendecidos por las jerarquías de la Iglesia Católica española, las cuales se dicen conductoras del alma de las masas cristianas (APLAUSOS).

Los asesinatos en masa de comunistas, socialistas, republicanos o simplemente liberales, cometidos en las zonas donde no hubo lucha, porque no pudo haberla; cometidos en Navarra, donde se inició la sublevación bajo el mando inmediato y directo del General Mola, Gobernador Militar de Pamplona. Y como allí las fuerzas militares, supeditadas a las órdenes de dicho General, se pautaban a núcleos políticos de gran predominio en la provincia y de significación profundamente reaccionaria, descendientes de aquéllos que en nombre del anarcosindicalismo sostuvieron dos guerras civiles en España el Siglo XIX, republicanos, socialistas, comunistas y liberales, insignificantes en su número, no pudieron ofrecer, si lo intentaron, la más mínima resistencia a la sedición. Pues bien, en Pamplona y en los pueblos de la Ribera Navarra, los que baña el Ebro, los únicos donde la minoritariamente algo sentimiento liberal —que la montaña navarra ha sido siempre totalmente reaccionaria— allí no ha quedado un solo hombre, ni uno solo, comunista, socialista, republicano o liberal, porque todos han sido asesinados por quienes al implantar la tiranía no encontraron resistencia en nadie. Y esta avalancha de crímenes, que se cifra en muchos miles, corre presurosa desde Navarra por las orillas del Ebro a tierras riojanas, donde también la matanza fue horrenda.

En tanto, en las grandes capitales, en Barcelona, en Valencia y en Madrid, las multitudes, desprovistas todavía de armas, cercaban los cuarteles, para impedir la salida insurreccional de las tropas. En Madrid, venían así, con auxilio de la aviación leal, a los regimientos se-

diseños rechazados en el Cuartel de la Montaña. En Valencia lograban derrotar la insurrección militar; y en Barcelona, donde las tropas incorrectas, capitaneadas por el General Goded, se habían lanzado a la calle, el pueblo luchando a pecho desbarató los desordenes. Pero la lucha tiene de nuestra parte en todas esas ciudades la máxima característica de nobleza, porque se pelea cara a cara con un enemigo superior. Mientras el pueblo luchaba contra los militares sublevados en otras grandes urbes en tierras de Galicia, donde no había habido, porque tampoco pudo haberla, oposición alguna a las tropas incorrectas, el veleidario era asesinado en masa. Naturalmente, así que yo lo justifico, cuando trae el eco de tales matanzas horribles, los pocos fugitivos que, escondiéndose de día y escondiendo de noche, por valles y montañas, llegan a las ciudades donde lucha el pueblo, éste, que sufre responder a instintos primarios, se entrega a la venganza y mata. Y como, a virtud de la sublevación, el Gobierno compuesto estrictamente de republicanos, tibios en su ideología casi todos ellos, se encuentra desprovisto de elementos coercitivos porque la fuerza encargada de mantener el orden es la sublevada, no puede contener a las masas y evitar los crímenes. Al eco que traen los fugitivos, que todavía tienen clavada en su retina la visión de las matanzas en masa, se pinta en Madrid el bombardeo alaveso de la población civil, por los aviones facciosos, y en las calles los ciudadanos, los obreros enardecedores, que sólo quieren concurrir al cuartel donde se hacen fuertes los sediciosos, o marchar hacia la Sierra por donde amenazan con su avance las tropas sublevadas en otras ciudades, tienen que saltar por encima de restos de mujeres, niños y ancianos, deshechos por la matanza facciosa. ¿Quién contiene el año de venganza en un hombre enardecido que contempla aquel espectáculo sanguinario causado por la aviación? (APLAUSOS). Hubo crímenes, yo no los justifico; pero no los niego. He dicho que venía a decir la verdad entera.

Además, si el General Mola se le ocurre una indiscreción que aún, basada en la exactitud de sus informes, revela al público la absoluta carencia de sentido. El General Mola, cuando Madrid comienza a estar asediado, describe a un periodista extranjero la situación de sus columnas que por cuatro puntos distintos pretenden entrar en la ya gloriosa, gloriolísima capital de España. El periodista pregunta: "General: ¿Cuál de las cuatro columnas será la que se adueñe de Madrid?". Y el General contesta: "Ninguna de las cuatro; tomará Madrid la quinta columna", es decir, la columna formada en el interior de Madrid por todos los sediciosos ocultos que esperaban el momento oportuno para salir de sus guardias, algunas de ellas emplazadas en Embajadas de países extranjeros, para asesinar a sus conciudadanos.

Y cuando al pueblo de Madrid se le advierte que quien se va a apoderar de la ciudad mientras la amenazan las cuatro columnas atacantes, es la quinta columna, diseminada cautelosamente en la zona urbana, ese pueblo, por instinto de defensa, se lanza violentemente contra cuantos aparecen estilizados como componentes de la quinta columna, que, según revelación del General Mola, está encargada de apoderarse de Madrid.

Somad todos estos factores el relato de las

matanzas horribles por su número y sus circunstancias habidas en tierras navarras, alavesas, andaluzas y riojanas, efecto terrible de los bombarderos áreos sobre una población civil inerte y la indiscreción del General Mola señalando el papel culminante en la pretendida conquista de Madrid a quienes permanecen agazapados dentro de la ciudad, y os explicaría lo ocurrido en Madrid fuera de la órbita de acción del Gobierno. Todo esto —yo no era entonces Ministro y puedo poner más fuerza en mi afirmación, que no tiene el carácter defensivo que correspondería a un gobernante en plena función—, todo esto es ajeno a la voluntad del Gobierno, ocurre contra la voluntad del Gobierno y sucede porque el Gobierno, faltó de resorte, no lo puede impedir.

NADIE ENTRE LOS FACCIOSOS PRONUNCIÓ PALABRAS DE PIEDAD

Cosa fundamentalmente contraria ha ocurrido en el campo faccioso, donde las listas de los que debían ser fusilados en cada ciudad, en cada villa y en cada aldea, estaban hechas previamente. Yo he presentado en recientes discursos en Barcelona testimonios irrecusables: los de un sacerdote vasco, el coadjutor de Aizpúltar señor Aberrigoien, quien ha recogido sus memorias en un libro titulado "Siete meses y siete días en la España de Franco", en el que se cita a sacerdotes católicos fusilados por los facciosos, por estar previamente incluidos en listas confeccionadas meses antes de la sublevación, listas en las cuales —lo sabe por revelación confidencial de un compañero de sacerdocio que llega a Aizpúltar formando parte como capellán de una de las columnas rebeldes— figura el propio autor como uno de los condenados a muerte. Los franguitas no han tenido por la religión católica ese respeto que se clama aquí. ¿Es que no eran católicos los sacerdotes vascos que, fieles a la voluntad de su pueblo, no se alistaron en las columnas facciosas y a quienes, por ese simple hecho, fusilaron las tropas de Franco? ¿Es que no eran católicos los curas y frailes fusilados por los facciosos en Guipúzcoa, Álava y Vizcaya? Entonces, ¿cómo pueden caudillos militares y jefes eclesiásticos ser portestandartes de un movimiento llamado católicos y que asesina a los sacerdotes de esa religión? Podría tener discusión —repito que no lo justifico— que quizá, excediente de creencias religiosas y subiendo por larga y dolorosa experiencia que la mayor parte del clero español nunca fué otra cosa que agente servil de una burguesía tiránica, matara a clérigos que así hubiesen procedido, podrá de otro lado incluso tener apariencias de disculpa que se eñiguen medallas y escapularios de los pechos de la morisma colocada a vanguardia de tarcos que llevan estandartes con la cruz de Cristo, pero ¡cómo pueden justificarse católicos, el asesinato de sacerdotes de su propia religión, no acusados de delito alguno, cuando por el solo hecho de ser sacerdote de bien ser sagrados para ellos? (APLAUSOS).

El 10 de Agosto de 1936 habló públicamente por última vez antes de ser Matadero, desde un micrófono instalado en el Ministerio de la Guerra. Estaban en auge las matanzas en masa por los facciosos: llegaba el eco a Madrid y ese eco terrible profecía fisonomamente en Madrid salpicaduras de sangre. Y yo dije por la

radito que pedía con toda la fuerza de mi escena que aquella conducta criminal no se imitara, que se tuviera el pecho duro para el combate, respeto a lo cual yo no había de aconsejar disminución alguna de reciedumbre, pecho duro para el combate, si, pero corazoncito semejante a la piedra, porque cuando el corazón, como entonces dije, no alberga el tierno sentimiento de la piedad, se extingue en el hombre el ruego más sublime que le hace sobresalir por encima de todas las especies animales. Yo no era un sacerdote; al fin y al cabo, en un suento o en otro, era un combatiente. Frente a esas palabras que están registradas en multitud de publicaciones, dichas por un hombre de significación en la inquietud, yo pido que se me ofrezcan palabras idénticas de cualquier elemento directivo de la facción. Pido que se me exhiba una sola palabra de piedad pronunciada por los jefes rebeldes. Pido que se me exhiba, si no las hay de los militares sublevados, palabras de piedad de los elementos civiles que secundaron la subversión. Y en último término pido, con mejor razón, que se me exhiba, porque yo no la conozco, una palabra, una sola palabra parecida a esas milas, dicha en público ante las multitudes sedientas de sangre, por algún representante de la Iglesia Católica dentro de la sena de Franco. La pido, la ruego, la exijo. Se asegura que no se exhibirá porque nadie, ni militar, ni civil, ni eclesiástico lo llegó a pronunciar allí (APLAUSOS).

En cambio, hay otras palabras, palabras graves, palabras solemnes; pero palabras terribles de los jerarcas de la Iglesia Católica en España. Acaso uno de los aspectos más interesantes de la contienda, desde el punto de vista espiritual, sea el que nos depara el examen de la actitud del clero español, singularmente de sus altos jerarcas, arzobispos y obispos, porque si éstos callaron ante tanto crimen lo que desata el punto de vista de su misión pastoral era más que un pecado, un crimen, cuando hablaban fué para alejar la rebelión, para justificarla, para santificiarla, para estimular a los rebeldes. Con la excepción del Arzobispo de Tarragona y del Obispo de Vitoria, los prelados españoles han suscrito un documento que se conoce en la historia de nuestra lucha con el título de "Carta Colectiva del Episcopado Español", documento del que yo, que no soy católico y que por mi serlo no puedo rendir pleidecia a la Iglesia, me avergüenzo, porque no he visto nada más anticristiano, más bárbaro, más profundamente repulsivo, ni que huela más la conciencia de un hombre honrado. Ese documento que es y será escarnio y vergüenza de quienes lo firmaron y lo dieron a la publicidad (APLAUSOS). Supongo, queridos camaradas, que me oís, que preferiréis esta historia, rica en hechos, aunque todos ellos estén teñidos por la tragedia, a palabras buenas alejadoras de vuestro entusiasmo y cultivadoras de vuestra pasión. Con vuestra beneplácito y vuestra atención prosiguió la historia.

RASGOS DE GENEROSIDAD DEL GOBIERNO REPUBLICANO

No ha hablado de la crudidad del Gobierno. Me referiré a los hechos desde que intervino como Ministro en septiembre de 1936. Allí, a mediados de octubre de aquel año, cuando se intensificaron los bombardeos sobre la pobla-

ción civil de Madrid para aterrizarla, que se halló aserrada, cayó con su aparato, no muy lejos del edificio del Ministerio de Marina y Aire que yo desempeñaba, un aviator extranjero. Dice que los soldados protegieron su vida y que, contemplando las justas iras de la multitud, que acababa de contemplar los despojos de mujeres y niños asesinados a mansalva, lo condujeron hasta el Ministerio. Era un aviador hijo de padres italiani, reclutado por el Gobierno italiano, al servicio de la casa Ansaldo, de Italia, pero de nacionalidad norteamericana, por haber nacido en Nueva York. Vicente Petrarca es su nombre. Fijaos que digo "es" su nombre, cuando nadie podría reprocharme que dijese "era" su nombre. Cuando el Gobierno decidió salir de Madrid para situarse donde más despejadamente pudiera dirigir la guerra, me acordé de aquél extranjero, asesino de mujeres y de niños madrileños, y temí que, sin el control estrecho y constante que yo ejercía para proteger su vida, corriera este doce muy imponente peligro, porque en aquél hombre estaban clavadas las miradas de muchos madrileños, seducidos por venganza. Pues bien, por orden mía, la noche del 6 de noviembre, Vicente Petrarca fue entregado por el Coronel de Aviación, señor Camacho, Subsecretario del Aire, a la Embajada de los Estados Unidos de Norte América. Así procedió un Gobierno titulado de error, con un extranjero que no vaciló en lastimar materna-
lia sobre mujeres y niños. (APLAUSOS).

Yo pertenezco al grupo parlamentario socialista de mi país. Es inevitable que todos pongamos preferencia, lo mismo para el afecto que para el dolor, en aquello que tenemos más cerca. Por eso, hablo del grupo Parlamentario socialista y os digo que pasan de veinte los Diputados socialistas detenidos en sus domicilios que han sido asesinados por los facciosos. No hay un solo diputado socialista, como no hay un solo diputado republicano, ni un solo diputado comunista, a quien la subversión sorprendiera en territorios dominados por los facciosos, que conserve su vida. Todos, absolutamente todos, han sido fusilados, y la mayor parte de ellos, la casi totalidad, sin formación alguna de procesos, y otros, mediante juicios sumarios que fueron simulaciones, porque a ninguno de ellos se le podía imputar el delito, al delito hubiera sido, desde el punto de vista rebelde, defender la libertad con las armas. Se les ha fusilado ampliamente por sus ideas. Pues bien, en un discurso que pronuncié en Barcelona el 20 de agosto último, hablando de estos malos temas, recordé que tres Ministros del actual Gobierno de Franco habían estado en nuestro poder, y cuando esta afirmación se divulgó, tuvo de ser rectificado y rectificado muy justamente por quienes, señalando nombres y fechas, me han dicho: "Se ha equivocado Ud. enforzó tres, sino cuatro los actuales Ministros de Franco que estaban en nuestro poder, algunos de ellos en nuestras propias prisas". Ante este contraste que expongo desde aquí a la conciencia universal, citando cifras de hombres representativos de la Izquierda que han sido asesinados en el campo faccioso y afirmando que cuatro Ministros actuales del actual Gobierno que preside el General Franco han estado en nuestro poder y pueden ahora dirigir la lucha contra nosotros, ¿con qué titulos se nos puede llamar crueles? ¡Con qué justicia se nos puede echar sobre nosotros ese peudo infamante

de, crueldad, que ha dado la vuelta al mundo, por medio de gobiernos? Cuando me digan que hay en los territorios dominados por Franco, diputados socialistas, comunistas o republicanos con vida, yo, uniéndome a la verdad, me rendiré ante ella; pero, desgraciadamente, no me lo podrán probar, y hoy, ante el pueblo de Chile, bajo el doceal magnífico de su cielo, juro, aduciendo el testimonio de estos hechos irrefutables, que la crueldad fué iniciativa exclusiva del adversario y que esa crueldad ha sido dirigida por él desde el poder, en tanto que las repercusiones que esa crueldad haya podido tener en nuestras regiones, lo han sido contra la voluntad del Gobierno.

Hace muy pocos días se ha cumplido el año en que las tropas republicanas pudieron rendir la ciudad de Teruel. Fui testigo presencial, directo y próximo, de aquella magnífica batalla en que la valentía personal y un espíritu indefinible que auxilia a nuestro Ejército y lo fortalece en la inferioridad de sus medios materiales, pudieron conquistar la ciudad. Cuando ésta se rendió, se apresaron a pasar por la carretera las carrozas de prisioneros. Yo, el Ministro, el Jefe de aquel ejército vencedor, en un gesto elegante cuya exhibición me vale a perdonar, me aparté del lugar, porque no era para mí espectáculo gratis contemplar el desfile de hombres que, a cien metros, marchaban humillados. Entre esos hombres figuraba un prelado, el Obispo de Teruel. El Obispo de Teruel, doctor Peláez, lo dije en rigor de justicia desde aquí, donde mis palabras no pueden influir en el fallo ni en resolución alguna con respecto a la ejecución de ese fallo, era un delincuente, no ya en el orden moral, sino en el material. No apunto su delincuencia por el caso de que aquel hombre, investido de enorme autoridad moral, con su representación eclesiástica, se inhibiera en sanguinarias orgías cuando los republicanos de Teruel eran fusilados en masa en el centro de la ciudad, en la plaza del Torico, usando ametralladoras para sacrificiarlos, porque se lastimaban los fusiles, mientras las multitudes militares tocaban alegres piezas de baile y las gentes, católicas sedicentes, cristianas, dabanzan sobre los charcos que formaban el sangre de los sacrificados, diocesanos, del Obispo de Teruel. ¿Esa responsabilidad moral inmensa, cabe en el Código? No lo sé. Pero el Obispo de Teruel era un firmante de la Carta Colectiva del Episcopado español y este documento constituyó una excitación a la rebelión y la excitación a la rebeldía cuando la rebelión ha estallado tiene su castigo en la pena de muerte. ¡No es así, señor Ocasio y Gallardo!

Pues bien, este Ministro, tachado de残酷, amparó la vida del Obispo de Teruel, actualmente encarcelado, pero a quien el rigor de la Ley y bajo el peso de un delito documentalmente probado, habría hundido que entregar en el acto al súqueto de las ejecuciones.

Estos son los rasgos característicos de la残酷 del Gobierno Republicano. Cito hechos y nombres. Que me digan en caso parecido, quien con significación de los que hayan caído prisioneros en el otro lado y tengan algún relieve pueden contarte a la hora actual. Todos han sido fusilados, todos han sido asesinados. Un libro de vulgar ha presenciado las matanzas cifra estas muertes, sólo en Andalucía, en cincuenta mil. Sencillamente testimonio juntar los tornaré la historia. Son indultos las luchas de la palabra ha-

bida o escrita; podían decirse enteradas; describir momentáneamente la alocución de algunos hermanos y engañarles, para la historia, infamia, ante la cual comparecerá la actual generación española, dirá de modo claro de quién es la inmena responsabilidad de que la guerra de España haya tenido tintes de残酷 que yo, como español, confieso aquí porque mi obligación me lo impone, pero sintiendo en mis mejillas el arrebol de la vergüenza, porque me duele tanto los crímenes de un lado, como los del otro. Ahora olvidé mi posición política, para ser simplemente un español y sentir la vergüenza de que hayan caído sobre España estigmas de los que dignamente se lavará.

EL AISLAMIENTO DEL PUEBLO ESPAÑOL.

¿Cómo lucha el pueblo español? Alabado, yo, sin más allende que este altivo espíritu que encierra en votos, que agradece desde lo más profundo del corazón; pero que no llega a consolarme porque, naturalmente, cuando trascina el cañón, arrebata las ametralladoras, estallan con ruido horrendo las bombas de la aviación y la artillería va destruyendo todo borrando hasta los contornos del terreno, no me consuelan los aplausos, los vitores y las aclamaciones, saliendo que mis hermanos suemblan porque nadie les presta el auxilio a que legítimamente tienen derechos. (APLAUSOS).

A punto de surgir la subversión, participando en ella la casi totalidad del ejército, en cuyo poder estaba la mayor parte del material de guerra, hubo que improvisar todo. Hombres no faltaron, ni faltan, ni faltarán. ¡Ah! pero la guerra, y sobre todo la guerra moderna, no se hace exclusivamente con hombres. Se necesita material, mucho material. Necesitamos creímos que necesitaba estorbar el derecho del Gobierno legítimo de la República a proveerse de armamento en los sitios donde el armamento se produce.

Mes surgió una diferencia que obstruyó nuestro camino. Las naciones europeas decidieron formar un organismo que se llamaría Comité de No-Intervención y acordaron no proporcionar armamento a ninguno de los elementos en lucha en España. Ya era éste de por sí, estrictamente examinado en el aspecto jurídico internacional, una verdadera burlaquería, porque confundía al Gobierno legítimo de una nación con grupos rebeldes que, faltando a sus deberes y juramentos, se lanzaban contra las instituciones legales de la República. Pero no bastó eso, sino que el Comité de No-Intervención se convirtió en instrumento que servía para que los materiales de guerra le fueran negados exclusivamente al Gobierno de la República, mientras las naciones, Italia y Alemania, los prodigaban a manos bajas a los fascistas y los buques de guerra de estas naciones, apresaban y hundían en aguas libres a los barcos mercantes que conducían material de guerra a viveros a España.

¿Qué hizo el Comité de No-Intervención? Basta la idea de quienes lo crearon, tal organismo iba a hacer imposible el suministro de armamento lo mismo al Gobierno que a los rebeldes. Esto jamás se ajustó a la realidad. El Comité de No-Intervención, fugó a designar controladores que iban a bordo comprársela y atestiguaran que lo que cargan que conducían a España los buques de banderas correspondientes a las

naciones firmantes del pacto de No-Intervención no era material de guerra. Pues bien, ¡hay alquien en el mundo que ignora hoy que Alemania e Italia han suministrado y siguen suministrando tropas, unidades militares enteras, aeroplano, aviones y toda clase de material de guerra a los facciosos! La diplomacia niente poner sobre sus sillas vendidas muy caras para no ver lo que no quiere ver. Pero a la hora actual, por sobre todos los engaños protocolares, ¡no es público que al ser retiradas a Italia, para luego relevadas, algunas unidades militares que estaban participando en la lucha de España, el soberano de Italia las ha revistado y la confesado a los que entre ellos más se han distinguido en la contienda y ha ascendido a quienes más se han destacado peleando contra nosotros!

Sé donde estoy y por saberlo no pronunciaré aquí una sola palabra que pueda envolver oscuras o pueda tener tinte injurioso con respecto a soberano y países extranjeros en relaciones con este país. Cito hechos, sin poner comentario, sin dejarlos arrastrar por la pasión, la cual ilusionaría a mi palabra a tales andares que fácilmente la harían desbordar de aquella discreción a que me obliga el silencio donde uno encuestado. Cito hechos que son innegables y que se registran hasta en las pantallas de los cines, como un episodio atrociado al mundo de la intervención armada de Italia y Alemania en España.

Con qué título que no sea el de darse muestra derrotar el resto de las naciones conocedoras de esa intervención nos arreglan armas y municiones para defender las instituciones legales de España contra sublevados e invasores? La cobardía ha hecho de piedra el alma de Europa (APLAUSOS). Mis labios no pronunciarán aquí nombres de personas. Creo no romper los moldes estigmatizados de la discreción a que me obligan las circunstancias al exponer, monedados de comentarios, hechos que son públicos y notorios.

A España le sucede algo que desborda su propio problema nacional. Se ha esgrimiido para justificar la rebelión el deseo de combatir y destruir el comunismo. Es una máscara que de la lucha contra el comunismo, máscara que se colocan los países totalitarios para que no se descubra en su rostro el gesto evidenciador de sus verdaderos deseos.

En el Gobierno de España no pabla cuando señala la sublevación ningún comunista, abominablemente ninguno; ni socialistas a quienes por afinidad se pudiera suponer hermanados con los comunistas. Era un Gobierno totalmente republicano, exclusivamente republicano, y formado por hombres que no abanderaban ninguna extrema política ni social, sino que representaban un republicanismo moderado. Y en las Cortes de la República, formadas por cerca de quinientos representantes, la minoría comunista no llegaba a la veintena. No decir, el peligro comunista, como el cual han simulado llamarlo los sublevados y por el que quisieren justificar su colaboración criminal los países que las ayudan, no existía en España. ¡Es simplemente una solidaridad política la que anima a los países totalitarios a apoyar a los facciosos ante el deseo de que un régimen parejo al suyo se instale en nuestra Nación! Poderoso sería el incentivo; pero no lo es tanto suficiente. Los países totalitarios acuden a España para crear en el territorio una influencia militar o, si ello no les fuera posible, una influencia política-económica, mediante la

cual puedan ostentar el ceppo que ya han puesto en las democracias en el mundo.

¿Qué ha habido en los gobiernos de los países democráticos para producirles la ceguera de no advertir cuáles eran las finalidades perseguidas por ejércitos extranjeros que invadían el suelo de una nación independiente y libre? Aquí tendrá ya que discutir, más que a base de noticias, guiado por conjuras. Pero ante todo confessaré un dolor, como lo he confesado en Barcelana ante mis compatriotas. Es el dolor de un socialista que ha visto a sus correligionarios de otros países, representantes en el poder público de fuerzas obreras, constituir con sus decisiones a poser el doblón en el cruce de la España Republicana. Hí dia de hoy se ha traído una nueva tristeza. En Bruselas falleció ayer el más viejo patriarca del socialismo en Europa, Emilio Vandervelde; al conocer la noticia, los ojos se me han arrojado en lágrimas, no ya por mi afecto personal que era antiguo, al insigne orador socialista, sino porque entre los caudillos del socialismo europeo Emilio Vandervelde se señalaba como honorabilísimo excepción, pues dejó de participar en el Gobierno de Bélgica antes que sancionar con sus actas decisiones dañinas para la España legal. Por eso lo rindo este recuerdo emocionado, más emocionado por su conducta verdaderamente excepcional entre el proceder de otros insignes socialistas que no tuvieron cristiano suficiente para mantener la solidaridad obligada y santa con el proletariado español; infidelidad grave y acaso criminal ha sido que esos hombres, representantes de masas proletarias, hayan negado desde la catedra del poder a la España republicana y proletaria elementos indispensables para defendernos (APLAUSOS).

Yo sé, mis interlocutores repetirlo y recordarlo, que España a nadie pidió nada gratis. Cuando para su defensa ha recibido de todas las procedencias, absolutamente de todas, lo ha pagado con su oro. Nosotros reclamamos el derecho que todos los gobiernos legalmente constituidos tienen, por una solidaridad que jamás negó la costumbre internacional, a que se nos suministre el material de guerra que necesitábamos, y era en quienes lo poseían una obligación de solidaridad proporcionarnos, incluso por principios de orden público desde el punto de vista más estrictamente jurídico.

Pero, además, en cierto país culminaba tal obligación, y ese país era Francia, ya que en un tratado de comercio de 1915, año anterior al de la subversión, por iniciativa de Francia, por sugerencia de Francia, por imposición de Francia, se llevó una cláusula adicional, a virtud de la cual España quedaba comprometida a comprar en cantidad considerable material de guerra a Francia. Y cuando en ejercicio de un derecho, y en cumplimiento de un deber, España demanda de Francia cuatro su oro, sin regatear precios, el material de guerra que le resulta indispensable, ese material le es negado.

Cuando la historia — y antes que la historia, el juicio público que antecede a la historia — contempla los hechos de esta contienda, si alguna responsabilidad llegara a pesar sobre la democracia mundial (porque en España no se veilla un pliego exclusivamente español, aunque sea sólo santo español la que se devora en defensa de las democracias), si la culpabilidad soviética, no ocidi sobre un pueblo que se deja ataciar, que vierte a torrentes su sangre, que

sobrepuja en las trincheras la vida de sus hombres y en la retaguardia la de sus mujeres, sus niños y sus ancianos, bajo la lluvia de fuego de la artillería, no será la culpa de ese pueblo heroico e inmortal, sino de los que cobardemente lo abandonan, dejando de cumplir sagradas obligaciones (APLAUSOS).

Aquel, en Andalucía, lució entre dos sentimientos que sostienen pagina dramática dentro de mi corazonada. Uno de esos sentimientos es prolongar mi estancia aquí y ponerme en comunicación con las muchedumbres americanas de mi habitad y de mi raza, que me requieren, para gritarles, como yo estoy gritando a vosotros, estas verdades que nadie puede negar — y que yo invito a discutir —, pero de otro lado, siendo el tirón de mi España, siendo el tirón de la tremenda India. No la oponería que se desarrollara estos días por tierras catalanas, vos también claramente marcado el carácter internacional de la India. España es el escenario, cubierto de sangre, de una contienda que primera tiene carácter europeo y después carácter universal.

SIGNIFICADO DE LA NUEVA OFENSIVA

Provisto de medios excepcionales de combate, el generalísimo fascista, marchó al auxilio limitado de las naciones que con él cooperan a nuestra causa, ha elegido como territorio para la ofensiva, no el de Andalucía ni el de Extremadura, donde la prepotencia de sus elementos de combate quita le aseguraron mayores ventajas que las que pueda obtener en las montañas catalanas, donde con nieve hasta la cintura y bajo temperaturas glaciales, su combate ahora, si ha querido proseguir su avance hacia Valencia, tierra también de clima más suave; si ha intentado el cerco de Madrid a costa porque las flores de trapo, el papel arrugado y destrozado de los arcos de triunfo que se levantaron en todas las ciudades de la zona fascista en 1936 creyendo que en noviembre de ese año, entrarian en la capital de España las tropas rebeldes, le estaría recordando el tremendo fracaso de entonces... Plasmas una ofensiva, en la cual participan varias divisiones italianas, en dirección a los Pirineos, hacia uno de los accesos más fáciles que tiene Francia por la cordillera pirenaica el de Pau-Cerdanya-Tour de Carol. Aunque sea más penoso la sorpresa, más difícil, más temeraria, tatará a los colaboradores de Franco, mejor diríamos a los amigos de Franco, crear una nueva amenaza en la frontera francesa, del lado de España. Al mismo tiempo que se lleva renuncia el vocero bélico de las armadas mussolinianas, reclamando, Túnez, Córcega, Niza... cuando en la sede del Parlamento del Fascio y en las calles romanas las multitudes que allí se mueven como mariquitas nacidas por hilos que maneja el diestro, clamaban por estas exigencias italianas, en la ofensiva catalana se veja una nueva amenaza contra Francia en los Pirineos. ¿Cómo es posible que los gobernantes franceses hayan dejado llegar las cosas al extremo en que actualmente se encuentran? No lo sé. Os he dicho antes que tendría que partir en mi examen de conjuras, prescindiendo de noticias concretas y las conjuras no son de mi gusto.

Algunas del Estado Mayor Francés dijeron cuando nuestra India comprendió, que le sería más

barato a Francia regalar al Gobierno español quinientos aviones, que invertir después una cantidad enorme de millones de francos en fortificar los Pirineos. Ignoré si la situación política interior de Francia impidió a los gobernantes franceses aceptar un consejo, que en efecto lo dictaba la ciencia militar, sino que lo inspiraba el mismo sentido común. Ignoré si prestaron indicaciones inglesas. Lo cierto es que al cabo de dos años y medio, alemanes e italiani se han situado militarmente en España, constituyendo una amenaza para Francia desde el sur, una amenaza ante la que jamás se habría encontrado Francia. No hablaremos del riesgo de una invasión militar pasando fuertes columnas a través de los buqueiros pirenaicos para desembocar en las risueñas provincias del Mijo; citémonos a otro peligro más evidente, como el de tener dominado desde los aeródromos del norte de España todo el Mediodía de Francia por las aviaciones italiana y alemana, que, a pocos minutos de vuelo de poblaciones importantes como Bayona, Pau, Burdeos, Toulouse, Perpiñán y otras, harían imposible la vida regular, la vida de producción de esas zonas, obligando a Francia a desplazar hacia el Sur, para una defensa que, fortiosamente, habría de ser imperfecta, gran parte de su artillería antiaérea y de su aviación de caza. Esta amenaza está creada, tiene existencia real. Y cuando estandartes ya bien ensayados para las capitulaciones desfilan, dentro de varios días, por los palacios romanos oírán, en voz de voces de concordia, palabras de amonestas, porque la amonestación se asienta en aquellas ventajas que la incomprendión o la cobardía ha dejado ganar en España a los países totalitarios (APLAUSOS).

LOS HOMBRES-DIOSES

La humanidad debe temer siempre a los hombres que se creen dioses. No es temible el hombre que, sin proponérselo, se incorpora a la historia, por su talento o por sus hazañas; no es temible ese hombre, porque es como una corriente por la cual él va empujado. Pero cuando los hombres, ellos, por sí, quieren a toda costa incorporarse a la historia, esos hombres, los hombres-dioses, o están ya ganados por la demencia o en viaje de la locura (APLAUSOS). Esos hombres constituyen un riesgo immense para la humanidad, si no enconstraran freno en sus ambiciones. La Iglesia Católica, procede en casos parejos, con mucha prudencia, pues excluye del Santoral a todo mártir que busque deliberadamente el martirio para santificarse y sólo incluye a aquellos mártires que, sin buscar el suplicio, cuando la ocasión del suplicio llega, saben afrontarlo con fe. Discreta táctica la de la Iglesia Católica, sabedora de muchas cosas, porque no en vano domina al mundo desde hace veinte siglos.

En política debiera haber esa misma conducta discreta seguida por la Iglesia: incorporar a la historia a aquellos hombres engrandecidos por su saber, por su generosidad y por su heroísmo; pero exhortando a quienes sean arrastrados por el ala vanidosa, miserable, de sobrevalorarse dejando grabados sus nombres en el libro de la Historia.

Cuando, igual sucede ahora, actúan hombres sin freno, por haber sojuzgado a las multitudes de sus países y por haber encontrado en frente incomprendidos, estúpidos o cobardes, entonces

es absolutamente necesario que la democracia, en una forma o en otra, los freno, pasa de otro modo, no la democracia española, minoritaria en el mundo —aunque esté maldecida gigantescamente por dos años y medio de épicos lucha, en la que ha vertido a torrentes su sangre—, no la democracia europea, ni cosa pequeña ante el enorme volumen que exponen las democracias de este Continente; sino las democracias todas, incluso las de América, se verán en peligro de muerte. Esta es mi convicción y éstos son, con mi convicción, mis temores.

LA UNION FRENTE AL FASCISMO

El otro día, hermanos de Chile, al comentar yo, recogiendo una sugerición que me fué hecha, vuestro triunfo electoral y al permitirme osadamente dirigiros unos consejos, todos destilados de las dolorosas lecciones de mi España, os pedí a los vencedores que, dentro de vuestra respectivos partidos, mantuviérais la disciplina, para que cada partido pudiera ser una herramienta eficaz, y que luego, entre los partidos, en sus relaciones, guardárais una cohesión que permitiera la supervivencia del Frente Popular y con ello, el mantenimiento de esta democracia chilena que ahora alberga (APLAUSOS). Al aconsejáros así, siendo muy grande vuestra causa, no pensaba en vosotros solos... pensaba en las repercusiones que, más allá de la Cordillera, podrían tener vuestros éxitos o vuestros fracasos. Hoy digo, desde aquí, con toda la modestia de mi representación, pero

con toda la fuerza que puedo dar a mis palabras una historia política ya muy larga, que deben hacer cosa idéntica, manteniendo la unión, entre Repúblicas y Repúblicas, todos los pueblos de América.

En Lima ha habido simplemente un agravio de mano. Es lastima que ese agravio de mano, que significa cordialidad, no haya tenido más fuerte expresión en un abrazo estrecho, verdaderamente fraternal. América, si quiere defenderse, porque hasta aquí llegará el virus del fascismo, extendiéndose por los canales de una Europa desvencijada hasta infestar las aguas del Atlántico, tendrá que cohesionarse.

Junto entre vosotros militantes de cada partido del Frente Popular, juntos el deber de ser disciplinados, para ser eficientes. Prometemos, entre vosotros, dirigentes de esos partidos, todo el sacrificio que, en el orden personal, sea necesario para el mantenimiento del Frente Popular y la consolidación y el engrandecimiento de las instituciones que os personifican y llevan, Irlanda fuera vuestra fe y vuestro entusiasmo. No obviéis que el eco de un trueno vuestro se expandirá de uno a otro continente de América.

¡Juntos, americanos, para que os salve, y para que, al salvaros, salvéis también al universo entero, uno de cuyos pedazos, el Continente europeo parece resquebrajarse, con amnias de hundimiento bajo la guerra gredora, tiránica y odiosa del fascismo, contra el cual deben unirnos todos los voluntades y latir todos los corazones!!! (APLAUSOS).

Martes 19. 1938.

EL DISCURSO DE OSSORIO Y GALLARDO

Coaste que atravesase este mal paso contra todo mi voluntad. Me suplicado rendidamente que se me excuse de hablar y no he tenido la fortuna de ser atendido. No quería hablar, porque, después del discurso del don Indalecio Prieto, ningún español tiene nada que decir: Prieto en España y en sus palabras está España entera.

Estoy seguro de que no me desautorizarán mis dos ilustres compañeros de misión, el Embajador Soriano y el General Herrera, si digo que nuestro espíritu está totalmente identificado con el de don Indalecio Prieto y que nos honramos haciendo nuestras sus palabras, cosa que no tiene de particular, aunque somos hombres provenientes de distintos campos políticos y de formación no concordante con la de Prieto, porque esta coincidencia es lo que pasa en España. Esto y nada más que esto.

Cuando se nos habla de que somos comunistas rojos, o se nos cuestionan otras escrupuliosas de este mismo orden, reloj sin temblar en serio, porque lo que ocurre en España es que estamos todos unidos de un extremo a otro, en el pensamiento y la voluntad, para defender la independencia del suelo y la libertad del espíritu. (APLAUSOS). Ya, hombre burgués y de formación y tradición conservadora, me dor escucha de que si algún día tengo la fortuna de volver a mi Madrid comunista, de volver a abrazar a mis hijos y nietos, de volver a ejercer mi profesión y de volver a leer mis libros, se lo devolveré a esos socialistas, comunistas, anarcosindicalistas y republicanos, que no están batiendo por mí.

No puedo, no me atrevo a hacer otra cosa, sino servir de eco a las últimas palabras del don Indalecio Prieto.

Se ha referido el señor Prieto al peligro universal y, de un modo concreto, al peligro americano. No olvidó sus palabras, que encierran una predicción exactísima. Si cae España, cae Europa entera, porque ya hemos visto desaparecer en cuatro horas de conflagración un imperio de diez siglos y hemos visto volatilizarse en manobras sencillas una democracia en la que todo el mundo había puesto su fe. Ambos han desaparecido sin disparar un tiro. Estamos viendo, asimismo, el caso del rendimiento incomprensible de otras grandes democracias europeas

que, por lo visto, no quieren enterarse de que el ataque del fascismo no va dirigido contra nosotros, sino contra ellas. Somos el pretexto, el camino, la vía de acceso..., pero repetí, que el ataque va contra ellas. Para eso se buscan el dominio de los Pirineos; para eso se corta el Estrecho de Gibraltar; y para eso se crean dificultades en el Océano Atlántico. Pero no os equivoquéis, americanos, perdida Europa, el ataque irá contra vosotros inexorablemente... Por algo tienen los totalitarios tan enorme empeño en ocupar las totalidades tan enorme establecer un pasillo de Este a Oeste, es decir, desde el Atlántico al Pacífico.

Vosotros sabéis perfectamente, y esa ha sido la mayor preocupación de la Conferencia de Lima, que tendís ya la infiltración fascista en la enseñanza, en la prensa, en el espionaje, en el comercio, y sabéis igualmente que el terreno está salinado bajo vuestros pies y que están esafiados los cañones contra vosotros.

¡Alerta, americanos! El bendumiento de Europa es la amenaza directa contra vosotros, tenéis el oro, tenéis el estale, tenéis la carne, la lana, el cobre, la madera, el petróleo y tantas otras riquezas. ¡Creed, que una vez dominada Europa, iban a renunciar a este botín los anarcosindicalistas? No; la lucha vendrá contra vosotros inmediatamente. Habréis, para, de comprenderlo y prevenirla, sin creer que los gobiernos lo pueden todo a pesar de su excelente voluntad; son los pueblos los que han de sostener la acción de los gobiernos y aspirar cuando ello sea necesario. Vosotros no estáis solos; hay muchos motivos para encartolar la bandera de la esperanza.

La política de Estados Unidos se encamina a la defensa de la libertad y sería prudente acoger con confianza el gesto y sujetar con amor a los que lo ofrecen, en lugar de desdibujar con una desconfianza sistemática apoyada en motivos históricos. Cuba se mueve hoy en la órbita de los Estados Unidos, es decir, en sentido de la libertad. En México, compenetrados el pueblo y el Presidente Cárdenas, están llevando una política de liberación política y económica. En Colombia, la tradición liberal da

aquel pueblo se encuentra reformada por la presencia de un gran Presidente, Eduardo Santos, cuyos discursos recientes son garantía de una política sincera de libertad, humanidad y justicia. Es notorio para todos vosotros que, en Argentina, el pueblo arde en entusiasmo liberal y ha de subrayarse que el Presidente Ortiz no desperdicia ocasión de condenar en palabras justas y serenas el imperio de la violencia. En Uruguay, el pueblo entero está también a vuestro lado, y vosotros acabáis de dar, con vuestro triunfo, un ejemplo magnífico de lo que puede la razón y la fe. Y así, en Perú y en otros países.

Pues bien, como ha aconsejado el gran líder, don Indalecio Prieto, establecid fuertes lazos de unión de pueblo a pueblo, que valen mucho más que las gestiones de los diplomáticos.

Unidos, fortaleced vuestra amistad y pensad en el mañana. Robadmeed vuestro espíritu y vuestros brazos, que de todo puede haber necesidad algún día, y daos cuanta de que para este tremendo empeño hacen falta todos, por muchos que sean.

El grito clamoroso de Carles Marx se le ha quedado chico al mundo. No basta ya, que se unan los proletarios de todos los países; es preciso que estén también a su lado los profesionales, los intelectuales, la pequeña burguesía; es indispensable que los creyentes de los mandamientos de la Ley de Dios se incorporen a vosotros.

Así, pues, con esto termino. El grito de Benjamín es sencillo: el programa es más fácil todavía: ¡En pie la democracia! ¡Viva la libertad! (APLAUSOS).

PALABRAS DEL Sr. GALDAMES

Balores: seré muy breve, porque, después de los dos magníficos discursos, después de las oraciones magistrales que se acaban de oír, ya nada hay que agregar acerca de la naturaleza, de las proyecciones, de la gravedad, de la tragedia que ahora sufre la España, y con la España, la Europa, y con Europa, nuestra Misma América.

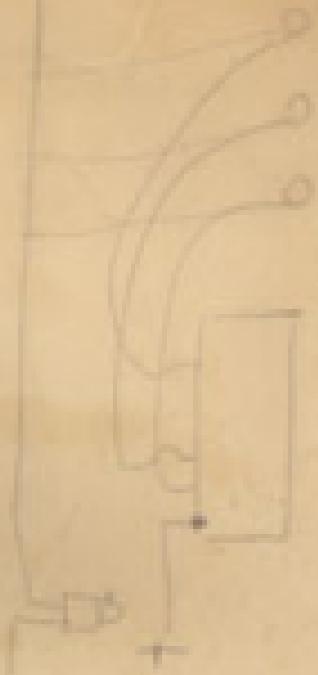
Considero, no ya una suerte, no ya siquiera un honor el momento que nos reúne; considero un acontecimiento nacional este magnífico embajador que nos ha enviado España, porque con ella España nos ha enviado su corazón y su espíritu en dos de los más magníficos también exponentes de nuestra época y de nuestra raza.

La vibración emocionada con que hemos oido estas espléndidas oraciones, han debido parecer

como el latido de España en estos pueblos, que son de su origen, que hablan su lengua y se enorgullecen de su pasado.

Y ahora, como un medio de poder corresponder a expresiones tan nobles, tan generosas y tan elevadas, como las que el Excelso Embajador de España acaba de pronunciar, me parece que es el écho de nuestro pueblo el que ha de vaciarse ahora, para ayuda efectiva e inmediata, en medio del dolor de España, a sus niños y mujeres, que están en la retaguardia, angustiados; a los ancianos y, sobre todo, a aquellos milicianos que, en las lamas de fuego de todas las montañas y llanuras españolas, están combatiendo por nosotros mismos, porque están defendiendo la libertad, la democracia y el pervenir de una humanidad mejor. — (APLAUSOS).

COMITÉ CHILENO DE AYUDA A ESPAÑA LEAL
ESTADO 11 — CASILLA 1111 — SANTIAGO



Precio de venta:
sesenta centavos